

Izraíl Méttter

La quinta esquina

Posfacio de Mercedes Monmany

Traducción del ruso de Selma Ancira

Primera edición en Libros del Asteroide, 2014
Título original: *Piatyi ugol*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© TEXT, Russian edition, 2009

© Izraíl Metter, Estate, 2009

© de la traducción, Selma Ancira, 2014

© del prólogo, Mercedes Monmany, 1997

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Selma Ancira

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-04-7

Depósito legal: B. 21.312-2014

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

El amigo de mi ya lejana infancia, Sasha Beliavski, murió cerca de Kiev el primer año de la guerra. Pero, desde mucho antes de su muerte, nos veíamos tan rara vez que, cuando nos encontrábamos, ambos experimentábamos un sentimiento extraño: era como si nuestra antigua amistad nos obligara a mantener una familiaridad que, quizá justamente por lo antiguo de la misma, no existía entre nosotros.

Nos unían los recuerdos de la niñez, fijos como en una fotografía de aficionados. Todo cuanto recordábamos se podía contar con los dedos de la mano: la dacha en los alrededores de Járkov, ahora inexistente, la hamaca en la que nos mecíamos, los escarabajos en las cajas de cerillas, una tormenta de granizo, el juego a los indios. Una infancia buena, recóndita, aislada del mundo entero —de este pernicioso torrente de información, como se dice ahora—, no nos daba derecho a una amistad adulta.

Crecimos en familias muy distintas. El padre de Sasha, un judío converso, era un eminente abogado de Járkov. En el pobre patio de la calle Rybnaia, donde estaba mi

casa, la actitud hacia las personas como él era poco clara: se las respetaba, pero siempre con un toque de desprecio. El sueño cumplido de todo judío antes de la revolución, la educación superior comprada al precio de la traición, era lo que engendraba esa doble actitud hacia el padre de Sasha. En aquellos tiempos remotos la traición todavía despertaba asombro, y se pagaba por ella un precio mucho mayor que ahora.

A finales de los años veinte, me trasladé de Ucrania a Leningrado y, desde entonces, Sasha y yo nos veíamos muy de tanto en tanto, ya fuera cuando él venía al norte en viaje de trabajo o cuando yo aparecía en casa de mis parientes en Járkov. Cada vez que nos encontrábamos, comenzábamos en el punto donde nos habíamos detenido siendo niños todavía, y no había forma de que avanzáramos.

Yo sabía que Sasha había terminado sus estudios en la Facultad de Filología.

Él sabía que yo no había terminado nada.

Para él había sido más fácil que para mí estudiar en los años veinte; Sasha había podido ingresar en la universidad por pertenecer a la tercera categoría: hijo de intelectual. Eran cinco las categorías sociales: obreros, campesinos, intelectuales, funcionarios, artesanos y otros. Yo estaba inscrito en esta última, la quinta. Para alimentar a su familia, compuesta de seis personas, mi padre utilizaba todos los medios artesanales a su alcance. Fue entonces cuando por primera vez comprendí lo que significa un cuestionario y cómo este no refleja en absoluto la vida del hombre.

Vivíamos pobremente, pero la marca del cuestionario ardía sobre mi frente: hijo de comerciante privado.

Desde entonces han pasado cuarenta años y, durante todo este lapso —inmenso para la vida humana—, me he condenado a mí mismo por mis numerosos defectos, menos uno: jamás he pillado en mí ninguna de las mezquindades justamente típicas de un hijo de comerciante privado.

Durante cuatro años seguidos me presenté a los exámenes de ingreso en el Instituto, llevando mis vergonzosos documentos de una comisión de admisión a otra, y ninguna de las cuatro veces encontré mi apellido en las largas listas de quienes sí habían sido aceptados.

No sentía rencor.

Sentía desesperación. Desesperación porque no me hubiera tocado en suerte ser de los afortunados. La revolución había establecido ciertas reglas que yo no ponía en duda. Y de acuerdo con esas reglas, yo pertenecía a la quinta categoría. Esa era mi desgracia, así lo pensaba entonces.

Después, en la vida, me han atormentado otros puntos del cuestionario, y de una manera incomparablemente más profunda, pues estaban en relación con el destino de millones de personas y mi desespero ya no tenía un carácter estrictamente personal.

No tengo idea de en qué siglo se habrá inventado el cuestionario. Puede que tenga su origen en la noche de San Bartolomé, cuando en las puertas de las casas de los hugonotes se trazaba una cruz con tiza.

Desconocía las circunstancias de la muerte de Sasha Beliavski. Uno de nuestros amigos en común me contó, todavía en aquel triste año de 1941, que Sasha había

desaparecido sin dejar rastro cuando nuestros ejércitos abandonaban Kiev. Las lamentables noticias de aquella época se abatían sobre la gente.

Unos tres años después recibí una carta del padre de Sasha. Serguéi Pávlovich me escribía que la búsqueda de su hijo no había conducido a nada. No había testigos de su muerte y, sin embargo, uno de los oficiales de reconocimiento le había comunicado que él había sido el último en ver a Sasha. El traductor militar Alexandr Beliavski, junto con su regimiento de infantería, había sido cercado; el regimiento trató de romper el cerco. Sasha combatió en las filas, como un soldado raso; solo unos cuantos lograron salir: Sasha no estaba entre ellos.

Esto es casi todo lo que sabía del amigo de mi infancia lejana, recóndita.

No obstante, pasado el tiempo, comencé a recibir algunas cartas de los entonces muchachos de Járkov. Ya estaban jubilados y, al disponer del tiempo necesario para reflexionar sobre sus vidas, reunían a su alrededor el pasado. Arrancados de la penumbra de los tiempos por el fuego de los recuerdos ajenos, ante mis ojos surgían imágenes de mi infancia sencilla. Para una persona ajena eran imprecisos; ni yo habría sido capaz de relatarlos.

En la memoria de un viejo hay cierta mística: a mí no me parece que mi niñez haya terminado para siempre; existió y ha de volver. Compro los libros que devoraba en aquellos remotos años: Mayne Reid, Fenimore Cooper, Louis Jacolliot y, contra toda lógica, estoy convencido de que aún me serán de utilidad. Deseo que mi futura infancia sea más confortable, que no me tome por sorpresa; todo lo necesario debe estar al alcance de

la mano: los seductores libros, la pelota de fútbol, la bicicleta. Sufrí mucho por su ausencia en mi infancia pasada. ¿O tal vez sea ahora cuando creo haber sufrido mucho?

¿Y si en realidad volviera? ¿Seré capaz de comportarme como si no supiera cómo terminó todo? La experiencia que tengo ahora se me vendrá encima, me llegará al cuello. Pero es curioso que esa experiencia no incluirá los logros universales de la ciencia ni de la técnica. En mi infancia futura, como en la precedente, me contentaré con la alfombra voladora, el submarino *Nautilus* y una sencilla espada en la mano de D'Artagnan. Que queden con Dios los reactores atómicos y los cohetes intercontinentales. No son ellos los que han enriquecido mi larga existencia ni los que han pesado sobre ella.

¿Y qué hacer con las ilusiones perdidas? ¿Qué hacer con aquello en lo que yo creía? ¿Qué hacer conmigo mismo, con aquello que quise decir y hacer y no hice ni dije? Y no porque no hubiera tenido tiempo. Lo tuve. Tuve tiempo de reflexionar. Y llegué a conclusiones que me asustaron.

Entre las cartas que he recibido de aquellos muchachitos y muchachitas que ya están jubilados, entre sus fotografías —mi memoria se rebela contra ellas—, comenzaron a llegarme amables mensajes de la lejana Samarcanda.

Me escribía Zinaída Borísovna Strúieva.

Por más que rebusqué en mis recuerdos, me fue imposible hallar ese nombre. Ella, en cambio, lo sabía absolutamente todo acerca de mi niñez y de mi juventud. En

cada una de sus cartas, Zinaída Borísovna evocaba a personas y sucesos con tanta exactitud que me dejaba perplejo. ¿Cómo podía saber lo que había ocurrido en nuestro patio, poblado por personas de la quinta categoría? Para mí mismo eran muy vagos los recuerdos de cómo en un banco del patio le había cortado el pelo a Monka Javkin; tras hacerme con la maquinilla de mi padre, convencí a Monka, mi gangoso vecino de escalera, de que me diera la oportunidad de aprender el arte de la peluquería. La maquinilla penetró en los terroríficos rizos de Monka y quedó suspendida de ellos a unos diez centímetros de la parte inferior de su frente. Los aullidos de mi cliente atrajeron al patio a todos los habitantes de nuestra casa de tres pisos. Mi padre me azotó sin piedad. De eso me hablaba en su carta Zinaída Borísovna.

En 1920 tuvimos que reducir el espacio de nuestra vivienda. Cuatro mujeres, obreras de la fábrica de tabaco, se instalaron en nuestro piso. Para ellas nos confiscaron la habitación más grande, el comedor. Creo que debía de tener unos quince metros. En él había una litera; las obreras instalaron en la parte inferior a un cerdito. Era el cerdo más pacífico y tranquilo que haya visto jamás. En aquella época de estruendo y grosería se comportaba apacible y decorosamente. Como un buen animal. Zinaída Borísovna también me escribía al respecto.

En sus cartas evocaba la época en la que me enamoré de Nara Zolotújina. ¿De dónde vendría ese nombre: Nara? ¿Y dónde estarás ahora, Nara? ¿Recuerdas cómo rocé con mis labios inexpertos tu sonrosada mejilla? Estábamos detrás de las bambalinas de la improvisada

sala de actos de nuestra Escuela para Trabajadores Número 30.

Acababas de leer en el escenario unos versos de Briúsov: albañil, albañil en camisa blanca, ¿qué construyes allí? Y el albañil respondía: una prisión. Te besé en la mejilla, paralizado por el entusiasmo. Éramos tan inocentes, Nara. Nos importaba un comino que en ese instante el albañil construyera una cárcel. No sabíamos entonces, en 1923, que al cabo de quince años en aquella prisión estarían encerrados nuestros compañeros de escuela: Kolka Chop, Tósik Zunin y Misha Sinkov. Eran nuestros condiscípulos, Nara. Los cuatro te acompañábamos a casa, tú eras la quinta y, de esas cinco personas solo yo, por un milagro, continúo en el mundo, ya que tú tampoco existes.

¿Tal vez siga vivo por ser, precisamente, hijo de un comerciante privado? ¿O porque soy judío? Muchas veces me han dado a entender —mi vida, los periódicos, los libros— que justamente esa quinta categoría tiene un don especial para la supervivencia. No arde en el fuego ni se ahoga en el agua. Dios mío, cuántos han ardido en el fuego. ¡Y cuántos arden en este momento en la lenta hoguera de su conciencia!

El de la calle Rybnaia 28 era un patio fantástico. No lo recuerdo antes de la revolución. Pero ese mismo concepto —la revolución— se coló para quedarse en nuestro patio más de una vez.

En adelante, estudié en los libros de texto aquello de lo que se componía mi vida. Sin embargo, la red por medio de la que los historiadores intentan atrapar los

fenómenos de la realidad es de mallas demasiado grandes: mi patio y toda mi vida se cuelan por entre ellas y yo siempre resulto insignificante, carente de interés para la historia.

La historia explica con facilidad el destino de una clase social entera, pero no puede explicar la vida de un ser humano. Por otro lado, Dios no quiera que eso entre dentro de sus obligaciones. Porque si las leyes históricas de toda una clase cayeran sobre el destino de un solo hombre, este no podría soportar el peso.

Me gustaría que me vieran como una personalidad única e irrepetible. Y estoy listo para corresponder de la misma manera a toda la humanidad.

Hay un sistema para hacerse irrepetible, aunque sea para uno mismo: recordar la propia juventud. Y entonces resulta asombrosa. Cuando uno es joven y vive rodeado de jóvenes, le parece que todos tenemos un destino en común. Pero pasa el tiempo, los destinos serpentean y se enroscan, arden como una mecha lenta, y entonces cada uno de nosotros se apaga o explota a su manera.

En el patio de nuestra casa había una ametralladora. Su cañón estaba dirigido hacia la entrada. Las puertas estaban herméticamente cerradas, y en la única entrada principal todo el día hacía guardia un grupo de «autodefensa». Eran cinco o seis hombres que habían colocado en el rellano inferior de la escalera una mesa de juego, y día y noche jugaban al *préférence*.

Mi padre también formaba parte de ese grupo de «autodefensa»; así lo llamábamos en nuestro patio. Tenía una pasión perversa por las armas de fuego. Coleccionaba revólveres, sin dispararlos jamás.

Cuando uno piensa en sus padres ocurre una extraña aberración de la memoria: siempre son viejos para nosotros. Y, sin embargo, en aquel tiempo, mi viejo padre apenas tenía poco más de cuarenta años. Hoy podría ser mi hijo.

¿En qué año ocurrió aquello, Zinaída Borísovna? Estoy de pie entre las rodillas de mi padre, en la sinagoga. Un murmullo fuerte y triunfal me rodea por todos lados. Los talits de seda a rayas cubren los hombros y las espaldas de quienes rezan. En mi alma no hay fe alguna. Para mí todo eso es un juego que han inventado los adultos. Y me doy cuenta de que les aburre jugar a ese juego.

En el intervalo entre los servicios religiosos, la gente llena a reventar el patio cuadrado de la sinagoga. Durante la oración, el aburrimiento hace caer sobre sus ojos, como un velo, una expresión soñolienta que luego se desvanece. El ruido, como vapor, se extiende por el patio. No entiendo ni me interesa lo que hablan. Ahora adivino que hablaban de política.

Años más tarde, he visitado mezquitas, iglesias católicas y ortodoxas. ¡Cuánta más santidad, fervor y grandiosidad hay en todos esos templos! No me refiero a la arquitectura, sino a la atmósfera religiosa de una casa de oración.

En mi familia creían en Dios de una manera cotidiana. Me obligaban a rezar. Pero me obligaban a hacerlo de la misma manera que a preparar mis lecciones. La religión en la calle Rybnaia era sinónimo de respetabilidad, de observancia de la decencia.

A los trece años, el día que cumplía la mayoría religiosa, pronuncié el discurso de rigor en presencia de los

invitados. Lo había escrito en dos idiomas: en ruso, mi lengua materna, viva, y en hebreo antiguo, una lengua muerta para mí. El discurso comenzaba con las palabras: «¡Queridos padres y respetados invitados!». No recuerdo nada más. Tampoco lo recordaba entonces, mientras lo estaba pronunciando, porque entre los invitados se encontraba sentada a la mesa la deslumbrante Tania Kámenskaia; entre sus cabellos castaños flotaba un lacito de cinta. Hoy en día ella trabaja como bibliotecaria en la ciudad de Járkov. Nos vimos en 1960. Cuando entré en su piso, en la calle Chorno-glázovskaia, Tania me susurró precipitadamente en la puerta:

—Por favor, no digas delante de mi marido cuántos años tengo.

Bien podría no haberme hecho esa advertencia: Tania Kámenskaia, para mí, tendrá siempre trece años. Y cuando llegue mi infancia futura —tiene que volver, no es posible que simplemente desaparezca—, me presentaré ante su marido actual y le diré:

—Si es usted un hombre decente, devuélvame a mi Tania. Le doy mi palabra de honor de niño de que no tocaré ni uno solo de sus cabellos.

Nos tomaremos de la mano y bajaremos lentamente la escalera. Lentamente porque yo tengo el corazón enfermo y Tania tiene los pies destrozados por la gota.

Allí estará nuestro patio.

Nos sentaremos en el pequeño banco.

Tania se arreglará el lazo.

En primer lugar, echaremos a suertes a quién le toca empezar.

De tin marín,
de do pingüé,
cúcara mácara,
títtere fue.

Siempre me toca a mí. Bien, comenzaré yo.

—Qué hermosa eres —le diré.

—Gracias por el cumplido —contestará Tania—. Antes no me lo decías.

—No me atrevía.

—Antes me decías que yo era afectada.

—Pero ¿te dabas cuenta de que te amaba?

—¿Qué tiene que ver que me diera cuenta o no? Debías habérmelo dicho.

—Te amo.

—¿Por qué le compraste entonces un helado a Lidka Kolésnikova?

—Para que tuvieras celos.

—Y cuando ayer jugábamos al juego de las flores, le enviaste una «orquídea». Después miré tu «orquídea» y vi que estaba escrito: «Por la mañana debo estar seguro de que la veré durante el día».

—Pero si eso es Pushkin.

—Pero no se lo enviaste de parte de Pushkin. Lo enviaste de tu parte. Me pasé toda la noche llorando.

—Pero si Lidka es una tonta. No me hace ninguna falta...

Tania y yo estamos sentados en el banco.

Tres años más tarde moriría Lenin.

Veinte años después, los alemanes entrarían en Járkov.